

APROXIMACIÓN:

**C
R
I
S
T
I
N
A

G
U
Z
M
Á
N

T
R
A
V
E
R**

De Luis Martínez Blasco

Llevo dos días pensando en la forma de abordar la entrevista a Cristina Guzmán (Aldaia, Valencia) y sólo soy consciente de dos cosas: de mi desconocimiento del mundo del arte (que por otra parte no deja de atraerme); y del paso inexorable del tiempo, que acentúa más mi desazón.

Me afano por recabar información frente al ordenador para vertebrar un mínimo de preguntas coherentes, pero no hay manera. Todo lo que escribo parece absolutamente frío, distante.

Tras unos minutos de vana divagación, ¡zas!, una luz pequeña, pero cálida, me alumbra. Rápidamente cambio de idea. Dejar que Cristina se exprese y escuchar con detenimiento, intentar una “aproximación” a su manera de percibir el mundo, su inquietud frente a realidad social, en definitiva; de qué forma se muestra a través de sus obras.

Quedamos en vernos por la tarde en su casa para visitar la exposición “Dones atrapades” en Paterna. Rápidamente confirmo las primeras impresiones que me había causado previamente por teléfono: es de esas mujeres atemperadas, capaces de escuchar en todo momento. Transmite una mezcla de aplomo y sensatez propia de las personas conscientes del lugar que ocupan y de la realidad que habitan.

Me invita a visitar su taller, en la zona abuhardillada de la casa. Es una estancia diáfana, con mucha luz natural. Cristina se apresura a remarcar que el orden aparente que reina en el taller no es (“ni de cerca”) la tónica general. En varias mesas de trabajo abundan botes con esmaltes, óxidos, sacos de tierras refractarias y engobes, etc. Con presteza dirige sus pasos hacia el fondo para mostrarme el horno que

hace posible grabar “a fuego” cada una de las improntas que acentúan la singularidad de cada pieza frente a las demás. Me cuenta las dificultades que tuvieron para subir el horno a la buhardilla con una grúa desde la calle y el esfuerzo que supuso arrastrar esa “mole” hasta su sitio actual.

Anteriormente se las ingeniaba en un horno “artesanal” que construyó en casa de sus padres, pero que limitaba la evolución de su obra y propició la compra del industrial.

Mientras la escucho, observo las estanterías (del suelo al techo) abigarradas de piezas y constato el conocimiento técnico necesario para expresar tanto con tan poco, al igual que el afán por experimentar con materiales cálidos, más expresivos, a los que sacar tonalidades y relieves infinitos.

Por un momento es como si el espíritu artístico se adueñara de mí: Cristina me hace copartícipe de su pequeño pero vasto universo creativo: un reflejo de mí mismo trata de despertar del letargo la vida encerrada en el gres, en el barro; para dar muestra de los fantasmas y quimeras que me redimen del mundo de la prisa y me adentran en otro atemporal, cuyo único lenguaje es el que se establece entre ceramista y obra.

Abandonamos su domicilio y ponemos rumbo hacia la exposición. Nada más llegar y tras los saludos de rigor, nos encaminamos escaleras arriba hacia la sala en cuestión.

Es un espacio amplio, bien iluminado. Lo primero que me sorprende es la cantidad de piezas que alberga la exposición; lo segundo, la meticulosidad con que “les dones atrapades” están dispuestas, bien solas, bien en

grupos. Mientras pierdo la vista en las distintas fotografías de gran formato que cuelgan de las paredes y que muestran distintos momentos del proceso de creación, Cristina se dedica a girar las piezas que considera oportunas para que fijen su “mirada” hacia el acceso principal de la sala.

Así se establece una primera interacción subjetiva con el espectador que invita a la interpretación y que, como más tarde me confirma, se convierte en una de las constantes de su trabajo: narrar historias que hagan reflexionar acerca de la realidad o de un entorno, transmitir sentimientos, estados de ánimo, etc. Es decir, que la obra no se reduzca a algo meramente contemplativo, sino que incida en el espectador de forma que no lo deje indiferente, que conlleve un posicionamiento crítico, una reflexión.

La artista remarca la importancia y dificultad que entraña la adaptación de los espacios expositivos para fomentar la interacción social de los espectadores respecto a las obras mostradas. Aunque puedan parecer nimios o inadvertidos por “la gente de a pie”, tales aspectos encauzan al espectador a familiarizarse con el mensaje que busca destacar el artista y fomentan la crítica.

Una vez que Cristina termina de atar “algunos cabos sueltos”, decidimos tomar un café en la plaza frente al teatro para charlar más distendidamente.

En confianza, relata sus primeros coqueteos, sin aún saberlo, con el mundo del arte de la mano de su hermano Aleix en el Centro de Artes y Oficios de Aldaia allá por 1970; como tras el trabajo del día a día, pasa largos horas hasta bien entrada la madrugada en el taller, perfilando nuevas formas, “pariendo” nuevas

ideas y esbozando proyectos futuros; que refuerzan su punto de vista una veces combativo, otras utópico pero alcanzable a la vez.

CRISTINA GUZMÁN TRAVER no es sólo una ceramista en plena actividad creativa. Al interpretar su obra, se muestra como una mujer de su tiempo y comprometida con él; una mano capaz de tender puentes donde prevalezcan los valores primigenios que nos distinguen como raza y que fomenten las relaciones sin delimitar diferencias entre los diversos entornos socioculturales.

Luis Martínez Blasco